

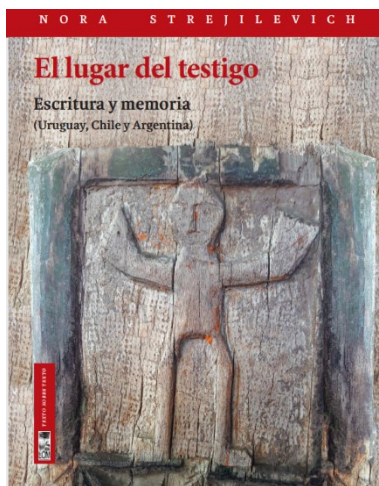
RESEÑA

Strejilevich, Nora. *El lugar del testigo. Escritura y memoria (Uruguay, Chile y Argentina)*. Santiago de Chile, LOM, 2019. 311 págs.
ISBN: 978-956-00-1170-1

Por Liria Evangelista

Middlebury College / Universidad de Belgrano
liriaevangelista@gmail.com

Este libro reflexiona de manera audaz sobre temas que muchos dan por archivados o cristalizados y lo hace con la fuerza de la palabra testimonial. Como dijera Paola Cortes Rocca durante la ceremonia de entrega de la Mención Honoraria que le otorgara el Fondo Nacional de las Artes en Buenos Aires, Argentina, antes de su publicación (2017):



El lugar del testigo. Escritura y memoria interviene en los debates sobre escritura y memoria a partir del genocidio de Estado de la última dictadura militar. Interviene significa que vuelve sobre un aspecto clave: el lugar del testimonio de los sobrevivientes. Y en ese volver, rompe el acuerdo sobre el carácter documental, suplementario, no literario del testimonio. Ese volver, que es un insistir, es una intervención crítica y política. Nos recuerda que no solo la memoria es un texto que se escribe y se sobreescribe, también lo es la crítica y el ensayo. *El lugar del testigo* viene a decir: “insisto, pensemos de nuevo”.

La intervención crítica a la que alude Cortes Rocca no se limita al caso argentino sino que, una vez más, como lo hiciera en el ensayo *El arte de no olvidar* de 2006, la autora vuelve a apostar por un enfoque que pone en diálogo la literatura concentracionaria de tres países del Cono Sur: Uruguay, Chile y Argentina. A través de esta perspectiva comparatista, el lector puede conocer y establecer relaciones, ya sean convergentes o divergentes, entre la literatura testimonial de tres países atravesados por un “poder desaparecedor” que arrasó con toda una región en la década de los setenta. En consonancia con el tipo de escritura que se estudia, el ensayo abandona el tono propio de la escritura académica, ya que la primera persona del singular de la sobreviviente-testigo se hace oír de forma contundente. De este modo, a lo largo del texto, pensamiento y experiencia se vuelven simbióticos.

La vivencia dolorosa que se piensa a sí misma –“el dolor reflexivo”– que se anticipara en *El arte de no olvidar: literatura testimonial en Chile, Argentina y Uruguay entre los ochenta y los noventa*, –una suerte de preámbulo de este texto–, constituye a mi juicio su sello más original. En ambos se reelaboran lecturas que son canónicas en el estudio del

testimonio, como es el caso de los escritos de la *Shoá*. Sin embargo, es sobre todo en *El lugar del testigo* donde, si bien se reconocen explícitamente los conceptos fundacionales que surgen tras el Holocausto, se inscriben las diferencias entre ese reservorioteórico y las nociones surgidas del terrorismo de Estado: no se trata de superponer acontecimientos sino de mostrar la cercanía simbólica que los emparenta. Este planteo de las diferencias se revela, por ejemplo, en el capítulo “Giorgio Agamben: en torno a la imposibilidad del testimonio”, centrado en la lectura local, muy difundida, del pensamiento de Agamben que remite al cuestionamiento de la palabra del testigo, invocando a Primo Levi cuando dijo que habla por “delegación”. La autora lo pone en cuestión situando el debate en el horizonte particular del Cono Sur. Vale la pena citarla *in extenso*, teniendo en cuenta que el argumento del filósofo italiano se vincula directamente a la figura del “musulmán”, ese muerto en vida nacido del horror nazi:

... la figura del “musulmán” no existió en los campos sudamericanos debido a que el sistema de reclusión y asesinato era otro. El dispositivo exterminador, en este caso, generaba mujeres y hombres cuya identidad corría peligro, ante todo porque la mayor parte de los desaparecidos eran militantes políticos, y quien en el interrogatorio «daba nombres» podía llegar a “quebrarse”: su identidad podía trastabillar por la culpa que genera haber flaqueado y denunciado a otros. El sometimiento del secuestrado a vejaciones por tiempo ilimitado, el hecho de que su cuerpo estuviera a disposición de quienes podían decidir sobre su vida y su muerte, lograba a menudo doblegarlo –lo que no equivale a afirmar que, si el detenido “cantaba” una vez, no pudiera resistir otras torturas–. Había caídas y recuperaciones temporarias. A algunos secuestrados los doblegaba el “tratamiento”, a otros no, a otros a veces, pero

todos estaban sujetos a él. Y en cada uno de estos casos el detenido pasaba por lo peor. Es decir que cualquier sobreviviente puede asumir una voz plural, hablar en nombre de los otros: aunque cada experiencia sea distinta, la metodología es una” (2018: 45).

En “Beatriz Sarlo: debate sobre el discurso de experiencia”, la autora rebate argumentos de la reconocida crítica quien, en *Tiempo pasado: cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión* (2005), toma partido por el distanciamiento de las disciplinas que favorecen la investigación de este “pasado reciente” en detrimento de la voz “subjetiva” del testigo, cuyas herramientas para elaborar lo que le pasó no se equipararían con los de las ciencias sociales. Para Sarlo el testigo, imprescindible en la sala judicial, no lo es en el ámbito del análisis intelectual que esta etapa reclama y merece. La voz de Strejilevich, obviamente, encara estos asuntos desde otro lugar, mostrando paso a paso cómo y por qué la exigencia de una mirada no comprometida a nivel emotivo, muy discutible teóricamente, resulta además contraproducente a la hora de la construcción de las memorias sociales. Para la autora, a nuestra sociedad le hace falta prestarle atención a la voz y la escritura de quienes fueron atravesados por el procesamiento implementado en los centros clandestinos de detención, tortura y exterminio. En *El lugar del testigo*, donde reflexión y relato –reitero– son caras del mismo discurso, sostiene que ni la historia ni los estudios académicos se contraponen a la palabra del testigo sino que nacen de su relato y dialogan con él, con mayor o menor lucidez.

En el capítulo “Glosario sin definiciones” se presenta un catálogo de palabras de este campo de estudio y los términos aparecen desarrollados en sus múltiples pliegues. Por ejemplo,

“Memoria” y su serie: memoria e historia, memoria y derecho, memoria y rememoración. Se presentan lecturas de esos términos que abren matices e interrogantes, en lugar de cerrarse en firmes conclusiones.

En “Uruguay, Chile y Argentina. El Plan Cóndor” se contextualiza desde un enfoque político, social e histórico este sector del Cono Sur, también entrelazando la impronta testimonial, en los capítulos: “Uruguay: la caída de un mito”; “Chile: desaparece un país” y “Argentina: en estado de memoria”. En cada uno se estudia la narración del testigo en función de temáticas claves, tales como la situación dilemática del detenido-desaparecido, la contraposición “traidor-héroe” y la particular situación de la mujer en los campos. El estudio pone en evidencia, una vez más, su espíritu inclusivo, ya que se incorporan tanto escrituras de supervivientes como de autoras y autores que basaron sus novelas en alguna entrevista o testimonio, entre ellos *Recuerdo de la muerte*, de Miguel Bonasso, o *El fin de la historia*, de Liliana Heker. En la serie netamente testimonial se presentan los textos nacidos de la experiencia vivida por los supervivientes. En el caso argentino aparecen, entre otros, *La escolita: relatos testimoniales*, de Alicia Partnoy, un recuento lírico de la desaparición de la autora en Bahía Blanca y *Desaparecido. Memorias de un cautiverio. Club Atlético, el Banco, el Olimpo, Pozo de Quilmes y ESMA*, escrito “a cuatro manos” en base a la rememoración de Mario Villani y la escritura de Fernando Reati, ambos sobrevivientes. Justamente los contrastes entre ambas vertientes nos permiten percatarnos de las diferencias entre quienes cuentan desde “adentro” o desde “afuera”.

Podemos decir, entonces, que la lectura comparativa se realiza, a nivel nacional, en función del lugar que asume la voz

del testigo en cada caso y, a nivel regional, en función de diferencias históricas y discursivas de cada cultura que generan obras propias aunque vinculadas al conjunto, ya que todas dan testimonio de un plan sistemático de borramiento del “enemigo”.

Hacia el final del volumen surge el recuento de cómo se fue delineando el testimonio de Nora Strejilevich, en el capítulo titulado “*Una sola muerte numerosa. La escritura y mi vida*”. A través de una doble voz autobiográfica y ensayística la autora recurre a la bibliografía crítica disponible para sostener la lectura de su propio texto. Por ejemplo, cita a Ana Forcinito en “*Una sola muerte numerosa y la poética de lo testimonial*”, cuando esta crítica opina que “los juicios del nuevo milenio pueden ciertamente [...] permitirnos adentrarnos más y más en lo que este testimonio reclama al estatuto de la verdad, para enfatizar lo que la voz de la denuncia (aun la que va precedida del argumento de “decir toda la verdad”) nunca logra condensar” (291).

Retomando el planteo matricial de todos estos capítulos, a saber, que la palabra y la escucha son fundamentales para el acto de testimoniar, me hago eco de sus palabras referentes a la creación de *Una sola muerte numerosa*, parafraseándola. La autora nos da a entender que su testimonio se fue abriendo paso con dos armas: una pésima memoria y la imaginación. Con ellas escribió los fragmentos autobiográficos y luego se concentró en la escucha de otras historias. La escritura le permitió calmarse, por eso nos recuerda siempre que el relato es el *pharmakon* del alma, y la pregunta ineludible es si termina curando, si podrá alguna vez escribir y pensar en otra cosa. La clave la da *El lugar del testigo* cuando dice que *Una sola muerte numerosa* es la semilla, la matriz de un linaje que, en su caso,

ya produjo un conjunto de libros donde el interrogante sigue rondando. Hasta la fecha, toda su obra gira alrededor de la desaparición forzada de personas y de su marca en la subjetividad y en las sociedades sobrevivientes. Celebramos que así sea.